

Novela clásica china

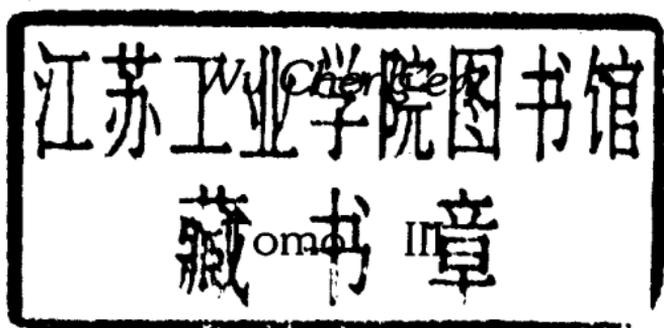
# PEREGRINACION AL OESTE III

*Wu Cheng'en*



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS BEIJING CHINA

# PEREGRINACION AL OESTE



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS  
BEIJING

Traducido por María Lecea y  
Carlos Trigo Sánchez

Página www:

<http://www.flp.com.cn>

E-mail:

[info@flp.com.cn](mailto:info@flp.com.cn)

[sales@flp.com.cn](mailto:sales@flp.com.cn)

Primera edición 2005

ISBN 7-119-01129-4

Copyright 2005

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS

Publicación:

Ediciones en Lenguas Extranjeras  
Baiwanzhuang Dajie N.º 24, Beijing  
Zona postal 100037

Distribuidor:

Corporación China de Comercio  
Internacional del Libro  
Chengongzhuang Xilu N.º 35  
Apartado postal 399, Beijing  
Zona postal 100044

*Impreso en la República Popular China*

## SEMBLANZA DEL AUTOR

Wu Cheng'en (1500-1582 aproximadamente), oriundo de Shanyang (hoy Huai'an, en la provincia de Jiangsu), fue un novelista de la dinastía Ming (1368-1644) y se le conocía también con los nombres de Ruzhong y Hombre de la Montaña Sheyang. Desde pequeño se interesó en la lectura de los cuentos mitológicos. Fracasó en varios exámenes imperiales. Durante el reinado de Jia Jing (1522-1566), recibió el título de licenciado superior. A finales de este reinado y comienzos del subsiguiente reinado de Long Qing (1567-1572), fue asistente del jefe del distrito de Changxing, provincia de Zhejiang. Debido a la difícil vida de funcionario, decidió abandonar la carrera oficial en su vejez para consagrarse a la escritura. Entonces dio a conocer la *Peregrinación al Oeste*. Sus poemas y ensayos, de estilo fresco y elegante, reflejan su descontento por la realidad social. En la actualidad, de él se conservan esta famosa novela mitológica y los *Escritos del señor Sheyang*.

## CAPITULO LI

**El Mono-Alma hace prodigios de ingeniosidad;  
Ni el agua ni el fuego pueden nada contra el demonio**

Habíamos interrumpido nuestro relato en el momento en que Sun Wukong, Gran Sabio, Par del Cielo, fue derrotado y, privado de su arma y con las manos vacías, se sentó al pie de la Montaña Jindou. Corrían de sus ojos las lágrimas y exclamaba con amargura:

*Ya que el Buda nos unió,  
en gracia esperaba seguir con vos.  
Esperaba aprender  
a vivir en libertad.  
Siempre recordaré  
los favores recibidos;  
nuestros corazones se unieron,  
nuestras suertes se ligaron.  
Al estudiar el dao  
compartimos la misma idea.  
Nunca pensé quedar sin recursos;  
incapaz de combatir sin mi bastón dorado.*

Largo tiempo se afligió y entristeció el Gran Sabio y al fin, pensó:

“Ese espíritu maligno me conoce. Recuerdo cómo me alabó durante la pelea: ‘Estas eran las capacidades con que alteraste el sosiego en las mansiones celestiales.’ Está claro que no es un demonio sencillo y ordinario, sino uno de los habitantes de las estrellas dañinas. Vaya usted a saber de dónde ha venido ese cabecilla de los demonios. Voy a volar a las altas esferas celestes y a enterarme de quién es.”

Firme en su decisión, Sun Wukong brincó en ágil voltereta y voló sobre una nube propicia a la Puerta Sur del Cielo. Al levantar la cabeza, vio de pronto al Rey Celeste de Poderosa Vista, que lo recibió cordialmente y, haciendo una larga reverencia, exclamó:

—Gran Sabio, ¿adónde te encaminas?

—Tengo que ver al Emperador de Jade. Y tú, ¿en qué te ocupas?

El rey contestó:

—Hoy me corresponde a mí hacer guardia junto a la Puerta Sur del Cielo.

Aún no había terminado de decirlo cuando aparecieron cuatro grandes mariscales: Ma, Zhao, Wen y Guan, los cuales dijeron, al tiempo que se inclinaban:

—¡Perdonad que no hayamos salido a vuestro encuentro, Gran Sabio! Os rogamos que vengáis a beber té.

Mas Sun Wukong rechazó la invitación, diciendo:

—¡No puedo! Tengo deberes que hacer.

Tras de lo cual, se despidió del Rey Celeste de Poderosa Vista y de los cuatro mariscales, entró por la Puerta Sur del Cielo y fue derecho a la Sala de la Neblina Milagrosa, donde se encontró con los Cuatro Preceptores Celestiales: Zhang Daoling, Ge Xianweng, Xu Jingyang y Qiu Hongji. Estaban delante del palacio con los Seis Funcionarios de la Osa Mayor del Sur, y Siete Estrellas de la Osa Mayor del Norte.

—¡Gran Sabio!—exclamaron, levantando la mano todos a la vez en señal de saludo—, ¿qué te trae por aquí?—y sin esperar la respuesta, volvieron a preguntar: —¿Has terminado tu servicio de guardián del Monje Tang?

Sun Wukong respondió:

—Es aún pronto para hablar de eso, demasiado pronto. El camino es largo y en él abundan los espíritus malignos. Hemos recorrido sólo la mitad y ahora hemos topado con la Cueva Jindou de la Montaña Jindou. Allí

vive un malvado monstruo, del género de los unicornios, que se ha llevado al Monje Tang a su cueva. Conseguí llegar hasta allí y entablé combate con el monstruo, pero ese bribón domina muchos recursos mágicos y ha logrado arrebatarme mi bastón de anillos dorados. Por eso no he podido apresarle vivo. ¿No será acaso un habitante de alguna estrella maléfica, al que se le ha ocurrido visitar este mundo pecador? No sé de dónde ha salido este cabecilla de los demonios, por eso yo, el viejo Sun, vengo a comparecer ante el Emperador de Jade para acusarle de poca vigilancia.

El Preceptor Celestial Xu Jingyang no pudo contenerse y dijo riendo:

—¡Ay, mono! Sigues siendo tan pícaro y malvado como antes.

—No, no, en absoluto —contestó Sun Wukong—, toda la vida he hablado sin ambages, pues ésta es la única manera de encontrar la salida.

Entonces intervino en la conversación el Preceptor Celestial Zhang Daoling:

—No hay que hablar en vano. Es preciso informar al emperador.

—Os lo agradezco mucho—dijo Sun Wukong.

Los Cuatro Preceptores Celestiales se dirigieron al punto a la Sala de la Neblina Milagrosa para informar. A Sun Wukong lo llevaron hasta las gradas de jade, conducentes al trono.

Wukong lanzó una exclamación de saludo y añadió:

—¡Bueno, viejo! Perdonad que de nuevo venga a importunaros con mis peticiones. A mí, el viejo Sun, me ha caído en suerte defender y custodiar al Monje Tang, que va al Cielo Oeste en busca de las escrituras sagradas. En el camino hemos hallado más daños que bienes, mas no vale la pena detenerse a hablar de esto. Ahora, cuando hemos llegado cerca de la Cueva Jindou, en la montaña del mismo nombre, cierto monstruo-unicornio

ha secuestrado al Monje Tang y se lo ha llevado a su cueva. No sé lo que hará con él, si lo cocerá a vapor o en agua, o lo secará al sol. Intenté penetrar en la cueva y peleé con el monstruo, pero éste, por lo visto, me conoce de algo. Empleando todos sus recursos mágicos, me ha arrebatado mi bastón, por eso no puedo hacer nada. Me parece que ese monstruo debe de ser una estrella maléfica y ha tenido la ocurrencia de venir a la Tierra por el anhelo de algo mundano. Por todo ello, he venido a informar de lo ocurrido. Suplico humildemente que os mostréis benevolente y ordenéis que se examinen todas las estrellas maléficas y se envíen huestes celestes a capturar al diablo. Yo, el viejo Sun, tiemblo de temor en presencia de Vuestra Majestad.

Diciendo esto, Sun Wukong hizo una nueva reverencia y dijo:

—¡Espero vuestras órdenes!

El preceptor Ge Xianweng, que estaba a un lado, no se contuvo y dijo soltando la risa:

—¡Ah, mono! ¿Conque primero eres insolente y luego respetuoso?

Sun Wukong replicó:

—¡Nada de eso! ¿Cómo voy a atreverme? Ya no tengo más mi bastón para divertirme.

El Emperador de Jade, después de haber escuchado a Sun Wukong, dio en seguida la orden al funcionario estelar Kehan:

—Considerando el informe que me ha hecho Sun Wukong, creo preciso inspeccionar a todas las estrellas de los Cielos y reyes divinos de las constelaciones, para ver si a alguno de ellos se le ha ocurrido descender a la Tierra por asuntos mundanos. Si así sucediere, que se me informe al momento y tomaré medidas.

Recibida la orden, el Auténtico Soberano Kehan, sin demora alguna, fue a hacer las averiguaciones, acompañado del Gran Sabio. Primero fueron a ver a todos los

reyes divinos y funcionarios que habitaban tras de las cuatro puertas celestes, luego inspeccionaron a todos los inmortales estelares dentro de los Tres Recintos Pequeños; a los funcionarios del Trueno y del Relámpago: Tao, Zhang, Xin, Deng, Gou, Bi, Pang y Liu, y por último los Treinta y Tres Cielos, mas allí todo estaba en orden. Examinaron las Veintiocho Constelaciones del Zodíaco; las Siete Constelaciones del Este: *Jiao, Kang, Di, Fang, Sen, Wei, Ji*; las Siete Constelaciones del Oeste: *Dou, Niu, Nü, Xu, Wei, Shi, Bi*, así como las Siete Constelaciones del Sur y las Siete del Norte. Pero todas ellas estaban tranquilas. No olvidaron tampoco los Siete Poderes: el Sol, la Luna, el Agua, el Fuego, la Madera, el Metal y la Tierra; también los otros cuatro: Rahu, Ketu, Qi y Bo. Ninguna de las estrellas y constelaciones estaba ausente; nadie, atraído por los asuntos del mundo, había descendido a la Tierra.

Entonces Sun Wukong les dijo:

—Siento reparo en regresar al palacio y molestar al Emperador de Jade. Id vos e informad sobre el cumplimiento de la orden. Yo me quedaré aquí a esperar la respuesta.

El Auténtico Soberano Kehan obedeció al Gran Sabio. Sun Wukong esperó largo tiempo su regreso, y hasta compuso unos versos, para reflejar en ellos sus sentimientos del momento:

*Vientos puros,  
inmaculado cielo,  
bendita paz.  
Calmados dioses,  
brillantes estrellas,  
claras bendiciones.  
Tranquila está  
la Vía Láctea;  
no hay problemas  
en el Cielo,*

*ni ruidos de guerra  
en la Tierra.*

El Auténtico Soberano Kehan volvió a recorrerlo todo, y al regresar presentó al Emperador de Jade el siguiente informe:

—No falta ninguna estrella o constelación en el Cielo. Todas las deidades y funcionarios regionales están presentes y a ninguno de ellos se le ha ocurrido descender a la Tierra por asuntos mundanos.

Oído esto, el Emperador de Jade ordenó:

—Que Sun Wukong elija a algunos generales del Cielo para que desciendan con él a la Tierra a cazar al monstruo.

Los Cuatro Preceptores Celestiales, al recibir esta orden, salieron inmediatamente de la Sala de la Neblina Milagrosa y, dirigiéndose al Gran Sabio, dijeron:

—¡Oh, Gran Sabio! La bondad del Emperador de Jade es inmensa. Cuando le comunicaron que en ninguna de las mansiones celestes no habían encontrado a un solo espíritu que pensase en el mundo pecador, ordenó que tú mismo eligieras a unos cuantos generales celestes para que fueran contigo a cazar al monstruo.

Sun Wukong agachó la cabeza, quedó pensativo y luego dijo:

—En el Cielo hay muchos generales inferiores a mí y sólo pocos son superiores. Recuerdo que cuando armé el alboroto en la mansiones celestiales, el Emperador de Jade envió contra mí a cien mil guerreros celestes; colocaron lazos por todo el cielo, en la tierra, y, ¿qué creéis? No hubo ningún general que se atreviese a medir sus fuerzas conmigo. Sólo después enviaron contra mí al Pequeño Sabio, Erlang. El sí que resultó ser un adversario digno de mí. Mas este monstruo me iguala en fuerza. ¿Cómo voy a salir vencedor con refuerzos tan insignificantes?

El Preceptor Celestial Xu Jingyang le respondió:

—Entonces era así, y ahora es algo muy diferente. A menudo se dice: “Una cosa siempre puede ser vencida por otra.” ¿Es que quieres acaso oponerte a la voluntad del emperador? Elige a tu gusto a unos generales celestes, aunque sólo sea para que a causa de eso no haya demoras ni errores.

Sun Wukong aceptó por fin.

—Bien, pues en tal caso le estoy muy agradecido a Su Majestad por su excelsa bondad. Es cierto que no debo oponerme a su orden. Además, no debo irme de aquí sin haber conseguido nada. Os ruego que pidáis al Emperador de Jade que mande ir conmigo al Rey Celeste Li y al Príncipe Nezha. Este tiene algunas armas con las que se puede someter a los malos espíritus. Cuando descendan a la Tierra y entablen el combate, veremos lo que sucede. Si pueden apresar al monstruo, será una gran felicidad para mí; y si fracasan, habrá que pensar en otra cosa distinta.

El preceptor comunicó al emperador lo que había decidido Sun Wukong. El emperador ordenó al momento al Rey Celeste Li y a su hijo, el Príncipe Nezha, que encabezaran una hueste celestial para ayudar a Sun Wukong. Recibida la orden, el Rey Celeste Li se presentó ante Sun Wukong, el cual estaba diciendo al preceptor:

—Le estoy infinitamente agradecido al Emperador de Jade por haber mandado venir conmigo al Rey Celeste Li. Pero aún quiero que transmitáis otra petición mía a Su Majestad. Me será precisa la ayuda de dos dioses del Trueno. Cuando el rey celeste entable el combate, ambos dioses deberán hallarse en los extremos de las nubes y lanzar truenos y rayos sobre la corona del monstruo. Creo que no se puede pensar nada mejor.

El Preceptor Celestial dijo riendo:

—¡Bueno! ¡Bueno!

Y fue a informar otra vez al Emperador de Jade. Este ordenó que el Departamento de los Nueve Cielos man-

dara a los dioses del Trueno Deng Hua y Zhang Fan a actuar de consuno con el Rey Celeste Li para apresar al monstruo con sus esfuerzos comunes y salvar a las víctimas.

Así, los dos salieron por la Puerta Sur del Cielo junto con el Rey Celeste Li y el Gran Sabio.

Pronto llegaron al lugar designado. Sun Wukong dijo:

—Esa es la Montaña Jindou y la cueva del mismo nombre que está en ella. Ahora vamos a decidir quién debe ir el primero a desafiar al combate al monstruo.

El Rey Celeste Li, de pie en el borde de una nube, dispuso a sus guerreros celestes en la vertiente sur de la colina y dijo:

—Gran Sabio, ya conocéis a mi hijo Nezha. En tiempos sometió a los demonios que moraban en noventa y seis cuevas. Domina muy bien las más variadas maneras de transformarse y, además, tiene armas para someter a los demonios. Que vaya él primero a desafiar al monstruo.

—Bien, pues entonces, permitidme que acompañe al príncipe—dijo Sun Wukong dando su conformidad.

El príncipe, haciendo acopio de toda su fuerza marcial, saltó con el Gran Sabio a la cima de la montaña y ambos se dirigieron a la cueva; mas resultó que las puertas estaban sólidamente cerradas y bajo la peña no había ningún espíritu maligno. Entonces Sun Wukong avanzó unos pasos y gritó:

—¡Eh, despreciable diablo! ¡Abre de prisa las puertas y devuélveme a mi maestro!

Unos pequeños diablejos porteros, al ver a Sun Wukong, corrieron a informar:

—¡Gran Soberano! ¡Sun Wukong ha traído a no se sabe qué joven y te llaman al combate!

—Ese mono no tiene su bastón de hierro y sólo con las manos no puede combatir—dijo el soberano de los demonios—. Por lo visto ha ido a pedir ayuda y ahora

ha vuelto. ¡Traedme mi arma! —gritó.

Armado de una larga lanza, el soberano de los demonios salió fuera.

Allí estaba un joven con una cara asombrosamente tierna, pero de aspecto fuerte y varonil. En verdad:

*Su rostro era una luna llena;  
rojos los labios de su recta boca.  
Sus pupilas aterradoras echaban rayos,  
coronaban dos moños su bella testa.  
Su faja danzaba como flamas al viento;  
y su túnica de seda relucía al sol.  
De su pecho pendía un espejo de bronce;  
y su preciosa armadura se ajustaba a las botas de guerra.  
Era menudo su cuerpo, pero poderosa su voz.  
Era el protector de la fe, el terrible Nezha.*

El soberano de los demonios se rió y preguntó:

—¿No serás tú el tercer hijo del Rey Celeste Li, el Príncipe Nezha? ¿Para qué has venido a mi puerta y gritas así?

—Porque has cometido un desafuero—dijo el príncipe indignado—. Te has apoderado del santo monje de las tierras del Este y lo atormentas. He recibido del Emperador de Jade la orden de apresarte.

El soberano de los demonios se puso furioso y gritó:

—¿Crees que ignoro que te han enviado en ayuda de Sun Wukong? Sí, yo soy el soberano de los demonios que ha atrapado al santo monje. Mas, jovencito, ¿de qué eres tú capaz para atreverte a hablar de forma tan insolente conmigo? ¡Eh, espera! ¡No huyas! ¡Prueba mi lanza!

El príncipe blandió su espada mágica para abatir a los demonios y se lanzó al encuentro de su enemigo. Aún no habían empezado la pelea ambos adversarios y ya el Gran Sabio corría hacia la vertiente de la montaña, gritando:

—¡Eh, dioses del Trueno! ¿Dónde estáis? ¡Id aprisa al lugar del combate y abatid al espíritu maligno con rayos y centellas, ayudad al príncipe a vencer al monstruo!

Ambos dioses, Deng y Zhang, se subieron a una nube y ya se disponían a lanzar rayos y truenos cuando vieron que el príncipe se había convertido en un ser con tres cabezas y seis brazos, y armado con seis armas diferentes, perseguía al monstruo para hacerlo pedazos. Este también tenía tres cabezas y seis brazos y se defendía con tres larguísimas lanzas. Entonces el príncipe recurrió de nuevo a la magia y lanzó contra el monstruo sus seis armas. ¿Cuáles eran las seis armas? Eran una espada decapitadora de demonios, un alfanje, una cuerda atrapa-demonios, un mazo triturador de monstruos, una rueda de fuego y una esfera bordada. En eso el príncipe gritó: “¡Transformáos!” Y al momento dispuso de una cantidad innumerable de armas, pues cada una se convertía en diez, las diez en ciento, las ciento en mil y las mil en diez mil, y todas esas armas llovían sobre el soberano de los demonios. Pero éste no se inmutó. Con una mano cogió un aro de blancura deslumbradora y lo lanzó, gritando: “¡Atrapa!” Resonó un ruido penetrante, y todas las armas dirigidas contra el monstruo quedaron rodeadas por el aro como por un lazo, lo que causó pánico al príncipe, el cual echó a correr para ponerse a salvo.

El soberano de los demonios, victorioso, regresó a sus lares. Entre tanto los dioses del Trueno Deng y Zhang, riendo en su fuero interno, dijeron:

—Por suerte, pensamos que el asunto tomaría mal cariz, y no lanzamos nuestros truenos y relámpagos. Si también los hubiera recogido, ¿cómo habríamos comparcido ante el Venerable del Cielo?

Ambos apretaron el borde delantero de la nube, al momento se hallaron en la vertiente sur de la montaña y dieron alcance al príncipe.

—El monstruo posee, en efecto, una inmensa fuerza mágica—dijeron al Rey Celeste.

Sun Wukong, que estaba apartado a un lado y se reía, intervino en la conversación.

—Toda la fuerza de ese malandrín está en ese aro. No tiene nada más. ¿En qué consiste? Eso es lo que habría que saber. ¿Por qué puede cazar cualquier cosa cuando se lanza en el aire?

Nezha dijo entonces con despecho:

—Gran Sabio, te comportas de manera muy poco seria. Hemos sufrido una derrota, lo que me disgusta e irrita mucho, y todo eso lo hacíamos por ti. ¿Cómo no te da vergüenza bromear? ¿Qué significa eso?

—Dices que estás disgustado y enojado. ¿Tú crees que yo no lo estoy?—le replicó Sun Wukong—. No sé qué hacer, pero desde luego de poco sirve gimotear, por eso me río.

Entonces el Rey Celeste Li dijo:

—¿Cómo conseguir lo que queremos?

—Podríamos forjar muchos planes—respondió Sun Wukong—. Pero mientras no hallemos un arma que ese aro no pueda cazar, no apesaremos al monstruo.

El Rey Celeste repuso:

—Ese aro sólo es impotente con el agua y el fuego. No en vano se dice: “El agua y el fuego no perdonan.”

Sun Wukong exclamó al oírlo:

—¡Eso que decís es cierto! Esperadme aquí, voy a subir al Cielo y volveré en seguida.

Los dioses del Trueno preguntaron al unísono:

—¿Adónde vas?

—Esta vez—respondió Sun Wukong—, no molestaré con un informe al Emperador de Jade. Iré a la Puerta Sur del Cielo, me dirigiré al Palacio del Esplendor Carmesí y pediré a Yinghuo, el Soberano Estelar del Fuego, que venga aquí y lance fuego contra el monstruo. Quizá así se consiga reducir a ceniza su aro mágico, y asunto

terminado. Entonces podréis recobrar vuestras armas y regresar al Cielo, y, además, salvaremos de los sufrimientos a mi maestro.

Estas palabras fueron del agrado del Príncipe Nezha, el cual dijo:

—¡No perdamos tiempo! Te ruego, Gran Sabio, que vayas en seguida, nosotros nos quedaremos aquí esperando, respetuosos, tu regreso.

Sun Wukong se deslizó por un rayo auspicioso y en un segundo se halló ante la Puerta Sur del Cielo. De nuevo el Rey Celeste de Poderosa Vista y los cuatro generales salieron a su encuentro y lo saludaron.

—¿Cómo es eso, Gran Sabio, otra vez os dignáis venir por aquí?

A lo que contestó Sun Wukong:

—El Rey Celeste Li ha ordenado al Príncipe Nezha entrar en combate. Pero al primer ataque el monstruo le ha arrebatado sus seis armas. Ahora me apresuro a ir al Palacio del Esplendor Carmesí, para pedir ayuda a su morador, el Soberano Estelar del Fuego.

Los generales no osaron retener a Sun Wukong y le dejaron entrar. Junto al Palacio del Esplendor Carmesí éste vio a todo un tropel de guerreros del fuego que corrieron al palacio para anunciar su llegada.

—Ha venido Sun Wukong y desea veros, señor nuestro.

Entonces el Soberano Estelar del Fuego se estiró bien sus ropas, salió a recibir a Sun Wukong y le dijo:

—Ayer Kehan nos inspeccionó a todos nosotros, pero no encontró a nadie que tuviera la intención de descender al mundo pecador.

—Sí, eso ya lo sé—replicó Sun Wukong—, pero el caso es que el Rey Celeste Li y su hijo han sufrido una derrota y han perdido sus armas, por eso he venido a pedirte ayuda.

—No sé si sabes que Nezha es la Gran Deidad Santan

Haihui. Apenas venido al mundo, Nezha sometió a los diablos que habitan las noventa y seis cuevas. Tiene, pues, una enorme fuerza mágica, y si él no puede vencer al monstruo, ¿cómo yo, más débil, voy a rivalizar con él?

—El Rey Celeste Li ha dicho que en todo el universo, entre la Tierra y el Cielo, no se hallará ninguna arma contra ese monstruo más que el agua y el fuego. El sólo posee un aro mágico que lo arrebatara todo a sus adversarios. No sé qué clase de tesoro es ese. Dicen que el fuego puede destruir todas las cosas, por eso he venido a rogarte que al frente de tus guerreros de fuego desciendas al mundo pecador y quemes a ese diablo. Así salvarás de los sufrimientos a mi maestro.

Al oír esas palabras, el Soberano Estelar del Fuego formó a sus guerreros mágicos y, con Sun Wukong, fueron a la vertiente sur de la Montaña Jindou, donde se reunieron con el Rey Celeste y los dioses del Trueno.

—¡Gran Sabio!—dijo el Rey Celeste Li—. Tendrás que desafiar a ese bellaco para que salga de su cueva. En cuanto empiece a manejar su aro, nos lanzaremos contra él, y el Soberano Estelar del Fuego acudirá con sus guerreros y quemará al monstruo.

Sun Wukong manifestó su aprobación:

—¡Muy bien! Así lo haremos.

El Soberano Estelar del Fuego, el príncipe y ambos dioses del Trueno subieron a un alto pico montañoso y se pusieron a provocar al combate al monstruo.

Entre tanto Sun Wukong llegó a la entrada de la Cueva Jindou y empezó a gritar a voz en cuello:

—¡Abrid las puertas! ¡Venid, a prisa! ¡Devolvedme ahora mismo a mi maestro!

Los espíritus porteros se apresuraron a informar a su señor:

—¡Otra vez ha vuelto Sun Wukong!

El monstruo salió con todo un tropel de demonios y, al ver a Sun Wukong, gritó: